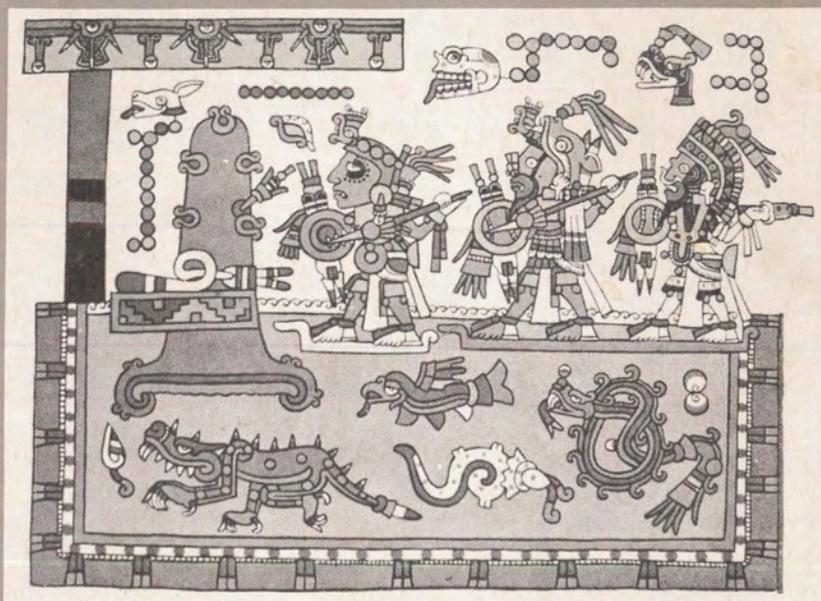


ORALIDAD Y ESCRITURA

Eugenia Revueltas y Herón Pérez
Coordinadores



EL COLEGIO DE MICHOACAN

Oralidad y escritura

Oralidad y escritura

Eugenia Revueltas y Herón Pérez Martínez
Compiladores



El Colegio de Michoacán
1992

801.9 Coloquio de Comunicación Escrita (80: 1990: Zamora,
COL-o Mich.)

Oralidad y escritura /Eugenia Revueltas y Herón
Pérez Martínez compiladores. --Zamora, Mich.: El Cole-
gio de Michoacán, 1992.

264 p.; 23 cm.

ISBN 968-7230-90-8

1. Literatura - Historia y crítica 2. Lenguaje y len-
guas 3. Tradición oral

I.t. II. Revueltas, Eugenia, comp. III Pérez Martínez,
Herón, comp.

© El Colegio de Michoacán, 1992

Mtz. de Navarrete # 505

Esq. Av. del Árbol

59690 Zamora, Mich.

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

ISBN 968-7230-90-8

ÍNDICE

A manera de presentación <i>Herón Pérez Martínez</i>	11
¿Es posible una guerrilla semiológica? <i>Abelardo Villegas</i>	17
La tradición paremiológica mexicana: Darío Rubio <i>Herón Pérez Martínez</i>	25
Lenguaje simbólico en el “origen del maíz”: un mito uarijío <i>Enriqueta Lorena Cortés Manresa</i>	37
La historiografía de ego y otro-ego en la ortografía phurhépecha <i>Cristina Monzón</i>	47
Valorización etnohistórica y literaria de <i>La relación de Michoacán</i> <i>Francisco Miranda</i>	63
Estructuras elementales de la poesía de tradición oral <i>Raúl Dorra</i>	77
De la plegaria al canto <i>Marcela Palma</i>	97
El concepto de la libertad en la obra dramática de Carlos Solórzano <i>Sara Ríos Everardo</i>	107

La poética y dialéctica de Jorge Luis Borges <i>Marcela Bueno</i>	117
En torno a <i>Los días terrenales</i> <i>Jorge Ávila Storer</i>	129
Las metáforas de la crítica <i>Evodio Escalante</i>	137
Intersubjetividad y empatía: discusión sobre el concepto de “lector implícito” <i>Juan Sebastián Gatti</i>	145
<i>Stella Maris</i> en la constitución del texto y en la ausencia de sí misma <i>Luisa Ruiz Moreno</i>	151
Lectura, semiosis e interexperiencialidad <i>Enrique Pérez</i>	163
Codificación y decodificación de textos. Análisis y reflexión <i>Margarita Palacios</i>	173
Recepción y literatura <i>Marta Isabel Filinich</i>	183
El texto como un desafío. Aplicación del modelo de William O. Hendricks al cuento “La jornada” de Elena Poniatowska <i>Clara Angélica Ureta Calderón</i>	195
La literatura marginada: visión de una forma cultural <i>Marta Blanca de Lizaur</i>	207
Tiempo de Mercurio y tiempo de Vulcano <i>Eugenia Revueltas</i>	213

El lenguaje arquitectónico de la ciudad: Zamora <i>Nelly Sigaut</i>	223
El color en la arquitectura tradicional de la región zamorana <i>Víctor Manuel Ortiz</i>	237
El habla acerca de la música en la entrevista etnográfica <i>Arturo Chamorro</i>	245
Corrales, patios y macetas: tradición jardinera de mexicanas en la Mesilla (1900-1940) <i>Raquel Rubio-Goldschmith</i>	255

EL LENGUAJE ARQUITECTÓNICO DE LA CIUDAD: ZAMORA

Nelly Sigaut

La lectura del paisaje urbano puede ser abordada desde muy diversas perspectivas: un sociólogo se interesará por el contexto en el que se crean y desarrollan las relaciones sociales de los grupos humanos en estudio; los arquitectos leerán formas y volúmenes que crean espacios habitables; los urbanistas, verán los nudos conflictivos en el conglomerado urbano, las áreas a desarrollar o los problemas conexos con la calidad de vida; un historiador intentará visualizar --como en un documento-- de qué manera se expresaron los distintos grupos sociales en diferentes épocas, cuál era su visión del pasado, qué pensaban de sí mismos y del país o qué proyecto de país tenían. Un historiador del arte --como es mi caso-- tratará a la ciudad como un texto que admite todas estas lecturas pero, primero tratará de abordarlo desde la perspectiva visual --la forma y su concreción en el espacio--, y es desde aquí, desde las formas, donde comienza el trabajo de plantearse interrogantes que le permitan intentar luego una contextualización del conjunto en el devenir histórico.

Es necesario convenir en un principio, que la ciudad es una creación en el espacio que sólo se percibe en el transcurso del tiempo. Puede haber una “rápida impresión” de una ciudad, pero inevitablemente necesitamos recorrerla, y generalmente esto sucede en distintas secuencias. “Muy a menudo, nuestra percepción de la ciudad no es continua sino, más bien, parcial, fragmentaria, mezclada con otras preocupaciones”.¹

1. Kevin Lynch. *La imagen de la ciudad*. Ediciones Infinito, Buenos Aires, 1976, p. 9. Aunque hay que tener en cuenta que las ideas acerca de la posibilidad de lectura de la imagen no concuerdan con los lineamientos de este autor.

También hay que convenir en que --como en todo fenómeno de comunicación-- hay un lenguaje, formado en el caso de la ciudad, no solamente por sus partes fijas, las obras arquitectónicas, sino también por elementos móviles, en especial las personas y las relaciones sociales que éstas desarrollan en el ámbito de la ciudad. En este punto es necesario aclarar que las posibilidades de lectura no están directamente relacionadas con la “claridad” del texto y que por lo tanto no consideramos a dicha posibilidad como una cualidad importante de una ciudad hermosa.

Como consecuencia de lo anterior, creo que tanto pueden leerse Venecia como Zamora. Los habitantes de una y otra ciudad han establecido con ellas, estrechos vínculos y la imagen que de ellas tienen estará seguramente, llena de recuerdos y significados. De ahí que una de las primeras premisas para esta propuesta de lectura, es la consideración de la ciudad, tal como fue y es percibida por sus habitantes. Sin embargo éstos, --los habitantes de la ciudad a quienes genéricamente llamamos ciudadanos-- conforman diversas y antagónicas clases sociales. Obviamente, estos grupos no solamente tienen diferentes imágenes de la ciudad, sino que concretizan sus luchas en estos espacios urbanos.

Debido a la extensión y carácter de este trabajo, voy a intentar solamente una lectura del proceso de construcción de la arquitectura de la ciudad desde la trama de su devenir histórico.

1. Los primeros tiempos

Año más o año menos, la ciudad de Zamora fue fundada en el siglo XVI. Después de un primer intento de asentamiento, alrededor de 1580 se realizó el traslado de la ciudad al emplazamiento actual. Alrededor de la actual plaza, se ubicaban las casas de adobe, que seguían la concepción de la casa de campo, donde los espacios relevantes son los destinados para guardar a los animales y los utensilios de labranza, con grandes cocinas, huerta para el abastecimiento familiar y una idea muy lejana a lo que hoy puede considerarse *confort*.

Un perímetro de pocas calles que reconocía como límites naturales la acequia al norte y el río Duero al sur, estaba rodeado de

fosos para la protección de la villa, rematados con garitones de vigilancia que guardaban los ángulos del área poblada. Los fundadores estaban sometidos a las constantes inundaciones del río Duero y su vida estaba marcada por el rezo y el trabajo.

Como inicio del acentuado pragmatismo local, valga citar una respuesta a una convocatoria de la iglesia un día jueves, que realizó el cura de la parroquia, bajo amenaza de excomuniación, en el año 1580: “dicho mandato no se puede cumplir sin gran detrimento de nuestra hacienda, por ser día de trabajo y haber forzosamente de acudir a las sementeras a beneficiarlas y no asistiendo a ellas personalmente, dejarán de trabajar los indios y ganarán el dinero en balde...”²

2. *El parátso abreviado*

Un padrón de la villa de 1683, nos indica que la habitaban unas 856 almas, blancas, negras, indias, moriscas, mulatas y mestizas, libres unas y esclavas otras.³

Hacia 1681 la segunda capilla que se había levantado en 1580, se hallaba casi en ruinas, por lo que se decidió comenzar la construcción de otra parroquia. El embargo que existía sobre las rentas de los ejidos de la villa, impedía también asistir con mejoras a las fábricas del Puente, las Casas Reales y la Cárcel. Es posible que por estos años ya existiera la primera capilla del Señor de la Salud, mencionada en un testamento de 1686, y que atendiera al hospicio del barrio de los Tecos, que si bien no muy distante mantenía aún una cierta separación de la villa de españoles.

Para el siglo XVIII la población había crecido considerablemente, pues en Zamora residían 298 familias, formadas por 1,943 personas, de las cuales 216 eran criollas y el resto indios y negros libres y esclavos. Según este informe de 1743

la abundancia de este territorio [es] el mayor atractivo para el ocio de sus moradores, que les hace vivir bien hallados, aunque mal contentos, por carecer del manejo de oro y plata que de ordinario se halla en los estériles y áridos países [...] el valle es muy fértil [...] por manera que no se ha puesto

2. AHMCR. *Negocios diversos*. Leg.1, 1580. f.41r.

3. AHMCR. *Negocios diversos*. Leg. 69. 1683.

planta extraña que no se dé, y sí todas con grande frondosidad y hermosura, que si los naturales y vecinos de dicha villa se aplicaran con anhelo al cultivo de la tierra, no tuviera el ansioso melancólico qué desear para su divertimento. Asimismo, es este paraíso abreviado, muy abundante en aves de las domésticas; muchas codornices, perdices y demás aves silvestres para la caza y siendo muy abundante el país, atrae muchas para la diversión de la vista, formando muy armoniosa música con lo suave de su canto.⁴

Hacia fines del siglo XVIII, además de la iglesia de la Parroquia y de la dedicada al Señor de la Salud, ya existía la iglesia de la Tercera Orden de San Francisco y posiblemente la capilla del Señor de la Columna. Un documento de 1789 informa que las calles estaban empedradas “y aunque de piedra gruesa e incómodas, son transitables y facilitan la comunicación que, antes de componerlas, se les dificultaba por el mucho lodo que había en ellas en tiempo de aguas que, dicen, obligaba con especialidad a las mujeres a despedirse unas de otras hasta el tiempo de secas”. A pesar de haber transcurrido doscientos años, algunas cosas no han cambiado demasiado, pues en 1789 “todas las entradas de la villa se ponen en tiempo de aguas por el muchísimo lodo, poco menos que intransitables” tal como sucede a finales del siglo XX.⁵

Me interesa señalar que frente a la parroquia, --que en Zamora fue dominio del clero secular desde su fundación-- que pocos años más tarde ya se consideraría en ruinas, se levantaba con esplendor arquitectónico el convento de San Francisco, cuya iglesia estaba adornada con ocho retablos dorados y que tenía un importantísimo ajuar de platería. Hacia fines del siglo XVIII la villa de Zamora contaba sólo con una Tercera Orden que había recibido licencia del Obispo y no descansó hasta que en 1791 se autorizó el convento; aunque de hecho ya funcionaba un Hospicio que se había instalado sin contar con ninguna autorización y cátedras de Gramática y Filosofía que comenzaron a recibir alumnos aún cuando mucho tiempo después seguían pidiendo permiso para ello.⁶

4. AGI. *Indiferente general*. Leg. 108. 1743; fs. 221 y 222.

5. Heriberto Moreno, introducción y notas. “Estado en que se hallaba la Jurisdicción de Zamora, el año de 1789” en *Relaciones*, año 1, núm. 1, 1980, p. 92.

6. AHMCR. *Negocios diversos*. Leg. 556. Año 1784. Con este documento se comprueba que sí funcionaron las cátedras de Gramática y Filosofía aun sin estar autorizadas, pues en el mismo se mencionan las casas de estudios que están funcionando y entre ellas, a la de la villa de Zamora.

En la iglesia de San Francisco se realizó en 1808 la función solemne de la jura de Fernando VII. Los miembros del Cabildo, salieron de las Casas Consistoriales, llevando el Real Pendón y se dirigieron a la iglesia de San Francisco, “que por su amplitud y adornos fue la destinada para tan clásica función”.⁷

3. *El paraíso institucionalizado*

Esta hegemonía franciscana en Zamora se extendió hasta 1863, fecha en la cual un incendio consumió toda la manzana donde se encontraban la iglesia, el convento y la huerta. La fecha no puede ser más significativa, pues el año anterior --en 1862-- y en profunda vinculación con la estancia de algunos obispos mexicanos exiliados en Roma, se creó el obispado de Zamora, desprendiéndose del de Michoacán.

Esta nueva organización respondió a tradicionales sentimientos regionalistas: no hay que olvidar que en la región latían los intentos separatistas. En 1825 Zamora fue capital del Departamento Michoacano del Poniente y años más tarde se intentó organizar un estado aparte del de Michoacán, con esta ciudad por capital. Por otra parte, si bien Zamora se hallaba unida administrativamente a Morelia desde los tiempos de la colonial Valladolid, también desde esos mismos tiempos, se había integrado a otra región, el Bajío, con el cual tenía vínculos económicos y culturales de gran solidez.

Podríamos preguntarnos si efectivamente fue durante el siglo XIX cuando Zamora fue convirtiéndose en una subregión de tal importancia que la iglesia supo advertir y así aprovechar su potencialidad, capacidad y dinamismo de articulación regional, en la organización de una nueva diócesis. Desde esta perspectiva, la iglesia fue a la vanguardia del estado en cuanto al reconocimiento de la formación de regiones no coincidentes con los límites político-administrativos de las entidades federativas. La posesión territorial, que fue un tema espinoso para las administraciones políticas, se resolvió con mayor soltura por parte de la organización eclesiástica.

7. Beatriz Rojas, introducción y notas. “La jura de Fernando VII en Zamora” en *Relaciones*, núm. 40, 1989.

El hecho es que la respuesta positiva de parte de la ciudad, fue inmediata, a pesar de que el primer obispo de la diócesis, señor Antonio de la Peña, no ocupó la mitra sino hasta 1865. Como advirtió Luis González, el señor de la Peña “prefirió ganar terreno en otros campos que no readquirir el perdido en la política”.⁸ Esta afirmación es por demás interesante, pues es posible suponer que el proyecto de ciudad episcopal, con el que he tratado de entender el proceso de la ciudad de Zamora a fines del siglo XIX, haya comenzado a forjarse durante la gestión del primer obispo.

En Zamora se vivió entonces una interesante época de cambios. Por una parte, porque en el occidente de México hizo irrupción el capitalismo, modificando las estructuras económicas existentes y por consiguiente, las relaciones sociales de la región. En casi todo el país y como parte del proceso de modernización del estado, entendido como representante de los intereses de la comunidad, los hospitales, asilos, hospicios, cementerios, escuelas, antes atendidos en su mayoría por la Iglesia, pasaron a ser preocupación del Estado. Sin embargo, en Zamora estas preocupaciones siguieron siendo y en algunos casos pasaron a manos de la Iglesia.

Lo que Althusser denomina los aparatos ideológicos del Estado, es decir, los instrumentos de que se sirve el grupo en el poder para entretejer y consolidar en la mente de la comunidad los conceptos y los mitos que permiten la supervivencia del *statu quo*, como escuelas, museos, teatros, en Zamora fueron iniciativas de la iglesia. Mediante la implementación de estos aparatos, la iglesia intentó la reproducción ideológica necesaria para la consolidación del proyecto que he denominado de *la ciudad episcopal*.

La fuerte personalidad del segundo obispo de la diócesis, el señor Cázarez, dio mayor impulso a esta idea: inició una vasta campaña de construcción de escuelas y asilos, con los que después colaboraba de manera definitiva, de la misma forma que con el hospital y la casa de caridad. El inicio del Porfiriato, --periodo durante el cual se produjo la reconciliación de la Iglesia con el Estado y una reactivación de la economía eclesiástica-- coincidió con el obispado

8. Luis González, *Zamora.*, El Colegio de Michoacán, Gobierno del Estado de Michoacán, 1978, p. 110.

de Cázares. Ambos proyectos, el del Estado, incorporando al occidente de Michoacán a la modernidad capitalista, y el de la Iglesia, configurando un proyecto de ciudad episcopal, no solamente no fueron excluyentes, sino totalmente complementarios.

El crecimiento y modernización de las haciendas, fortaleció al grupo de hacendados de la región, que brindaron la base material para el desarrollo de la labor de la Iglesia. Ésta, por su parte, como en épocas coloniales, les brindó el crédito necesario para que aquéllos se incorporasen a la modernización del agro, con la adquisición de innovaciones tecnológicas.

4. *El perfil de la ciudad*

El auge constructivo que hubo en la ciudad durante el Porfiriato, puede explicarse a nivel regional, porque en la región se organizó un incipiente mercado interno que facilitó el desarrollo agrícola. En el valle se desarrolló una estructura agrícola-comercial, que naturalmente tuvo repercusiones visibles en la prosperidad de sus habitantes y en el cambio de perfil de la ciudad.⁹

Los cambios que se fueron dando en el transcurso del siglo XIX originaron la aparición de inéditos programas arquitectónicos: nuevos espacios para resolver nuevas necesidades. La estación del ferrocarril, el mercado, son algunas de las tipologías arquitectónicas características del siglo XIX: la primera surgió como una necesidad frente al funcionamiento de un nuevo medio de transporte; el mercado cerrado, cambió el tipo a partir de la utilización de nuevos materiales combinados, como el hierro y el vidrio.

La arquitectura doméstica también fue alcanzada por la utilización de los nuevos materiales: los patios fueron rodeados por columnas de fierro, en vez de las antiguas de cantera y madera y los comedores lucieron hermosos vitrales y vidrios esmerilados franceses. Pero a pesar de estas renovaciones, la tipología de la casa no varió: alrededor del primer patio interior se distribuyen las habitaciones; alrededor del segundo patio se encuentran las áreas de servicio

9. Cfr. Gustavo Verduzco Igartúa y Margarita Calleja. *La pobreza de una economía rica*. Cuadernos de Trabajo, El Colegio de Michoacán, 1979.

y en el tercer patio se encontraba a veces la bodega para los instrumentos de trabajo o los corrales y establos.

Los edificios se cubrían con techos a dos aguas cubiertos de tejas, y se prolongaban en aleros. Desde 1865 hubo intención, por parte del Ayuntamiento, de prohibir los aleros, esgrimiendo razones que tenían en cuenta la armonía visual de la ciudad. En 1891 se cobraban 2 centavos mensuales por alero, lo cual demuestra que a pesar de la coerción impositiva, el problema seguía sin resolver. Después de 1893 se prohibieron definitivamente los aleros, que iban a ser reemplazados por cornisas.

Estos cambios visuales, que pueden parecer intrascendentes, representaban algo muy profundo: en realidad hasta entonces el perfil de la criolla Zamora no se diferenciaba mucho del de la indígena Jacona. En cambio, en las ciudades criollas como Valladolid o Querétaro, los perfiles urbanos se vestían de los repertorios “cultos”, entendidos éstos especialmente a partir del vocabulario formal neoclásico.

Este “cambio de imagen” arquitectónico, conformó la escenografía de un proceso de modernización de la ciudad que se dio rápidamente y que puede seguirse mediante la lectura de los signos materiales que fue dejando: en 1879 se inauguró el tranvía Zamora-Jacona; en 1884 se inauguró el telégrafo; en 1885 se inició la remodelación de la Plaza; en 1891 se terminó el río Nuevo, que desviaba al Duero; en 1899 se inauguró el ferrocarril; en 1902 abrió sus puertas el Banco de Jalisco; en 1909 había frecuentes funciones de cine --previa censura eclesiástica--; en 1910 se fundaron los teléfonos urbanos. Todo esto en una población que había alcanzado los 15,116 habitantes en 1910.¹⁰

Funcionaban en ese momento los Oratorios de La Sagrada Familia; de las Siervas; de Capuchinas; del Teresiano; del Asilo; el del Seminario y el del Palacio Episcopal (aún sin terminar pero funcionando); y se habían organizado los conventos de las Madres de Santa Teresa de Jesús; las Madres del Sagrado Corazón de Jesús; las Siervas de María y Capuchinas. Además de la Catedral vieja, estaba

10. AMZ. *Gobierno*. Exp. No. 28, 1907; Arturo Rodríguez Zetina, *Zamora, ensayo histórico y repertorio documental*, p. 790, 830 y 834.

en construcción la monumental Catedral nueva; funcionaba la Parroquia de la Purísima; la iglesia de Nuestra Señora de los Dolores; la del Señor de la Salud; la de San Francisco; el Santuario de Guadalupe; estaba sin terminar, pero había culto en el Sagrado Corazón; así como en la capilla del Panteón, dedicada a Jesús Nazareno y la iglesia dedicada a San José estaba en construcción, pero sin culto.

El proyecto de la ciudad episcopal se había concretado. La ubicación de la nueva catedral preveía incluso, de una manera más lógica y racional de lo que después sucedió, el crecimiento de la ciudad hacia el oriente, librando al rico valle de Zamora, del cambio de uso del suelo y la brutal especulación que sobre el mismo se había desatado. En 1865, con el fraccionamiento de la Hacienda de San Juan Bautista, al oriente de la ciudad y la consecuente apertura de calles, se abrió una nueva perspectiva de crecimiento para la ciudad, cuyo centro sería la nueva catedral.

Si se aceptan como válidas las premisas de que “todo hombre --así como la institución en que se ordena o a la que se subordina-- se identifica con el edificio que manda construir” y que las construcciones monumentales expresan tanto formas de dominio como de convivencia y comprensión del mundo, podría intentarse un acercamiento a este proyecto de ciudad.¹¹ Las ciudades catedralicias europeas, a pesar de los cambios, mantienen su carácter monolítico, concretado espacial y urbanísticamente en su orientación hacia una construcción única. Es evidente que estas ciudades medievales expresaban un orden social en el cual el rey, el obispo, el clero, la nobleza y el pueblo bajo tenían asignados exactamente el sitio que debían ocupar dentro de estas construcciones religiosas y que de hecho, sus viviendas ocupaban en torno a ellas.

Hasta el ojo menos adiestrado en cuestiones arquitectónicas o urbanísticas descubre en una primera mirada que el gran volumen de la catedral, en este tipo de ciudades, domina el paisaje urbano. Tal es el caso de Zamora, que se acerca aún más al de algunas ciudades catedralicias europeas, cuando se considera que a principios de siglo tenía alrededor de 15,000 habitantes y que la catedral comenzó a construirse el 2 de febrero de 1898.

11. Wolfgang Braunfels, *Urbanismo Occidental*, Alianza editorial, Madrid, 1983, p. 13.

5. *El principio del fin*

Cuando el general Joaquín Amaro ocupó el Palacio Episcopal provocando que el obispo Othón Núñez saliera de Zamora, estaba realizando una de las ocupaciones simbólicas más trascendentales para la vida de la ciudad. La instalación de las tropas en el Seminario, en el Teresiano, inclusive en las obras de la catedral nueva, completan el cuadro de destrucción de un proyecto de envergadura.

En 1914 se intervinieron 77 fincas urbanas pertenecientes a la Iglesia o a miembros del clero.¹² Las denuncias de propiedades eclesiásticas estaban a la orden del día, así como las ventas fraudulentas y el pago de diezmos con propiedades puestas a nombre de testaferros. A éstas se suman el antiguo hotel de San Francisco, el cine teatro Opera, el hotel Colón, etc. La mayoría de las propiedades intervenidas tuvieron el mismo fin: la destrucción. Ésta se debió a dos motivos fundamentales. Por un lado, la falta de mantenimiento de los materiales --especialmente el adobe, la viguería y la teja--; y por otro, el abuso en la función de los espacios, que no estaban preparados para cumplir con el nuevo uso al que fueron destinados. Desde 1914 el perfil porfiriano de la ciudad se fue destruyendo lenta pero inexorablemente. Los edificios intervenidos se fueron convirtiendo en ruinas. Entre 1920 y 1930, la mayor parte de ellos entraron en tal proceso de deterioro, que pasaron a formar parte del recuerdo de una ciudad que, por muchos motivos, ya no existía.

Sin dudas, si tuviera que elegir uno de estos edificios para ejemplificar el proceso, la selección recaería sobre el Seminario. Después de haber sido ocupado por tropas, se destinó al funcionamiento de una escuela primaria, hasta que la ruina paulatina del edificio, por falta de mantenimiento, motivó su cierre. De las ruinas del antiguo Seminario de Zamora, surgió una arquitectura funcionalista, destinada a una Secundaria Técnica para trabajadores. Este caso del Seminario sería clave, si hubiera aún alguna duda de la importancia que una comunidad y las mismas instituciones dan a los espacios y la relevancia simbólica que cobra su ocupación.

12. AMZ. Fincas urbanas intervenidas en Zamora, 1914.

El proceso de repartición de tierras que en los años treinta de este siglo, modificó la tenencia de la misma de manera sustancial, produjo un reacomodo de clases y el cierre de un proceso interesante: el reemplazo de la antigua burguesía hacendaria, por otra de tinte comercial aunque de todas maneras vinculada con el agro, donde encontró la mejor fuente de sus ingresos, especialmente en la venta de implementos agrícolas para los nuevos propietarios.¹³

Este proceso podría seguirse con el trazo de una historia familiar, la de Francisco García Amezcua: desde sus vinculaciones con la Iglesia --algunas reuniones de la Dieta se celebraron en su hacienda del Cerrito de Catipuat--; con el poder político --el gobernador Aristeo Mercado se alojaba en su casa cuando llegaba a Zamora--; de la incorporación de innovaciones tecnológicas para mejorar la producción y la extracción de la misma --un sistema de vías férreas unían al Cerrito con la estación de ferrocarril o los sistemas de riego para las haciendas--; la intervención en obras de envergadura para la ciudad --como la construcción del Mercado Morelos--; el fraccionamiento de parte de las tierras que se salvaron del desastre económico --la Huerta del Jericó, alrededor de 1945--.

La población de Zamora había descendido después de la revolución. Los cambios en la tenencia de la tierra que se han señalado y los cambios en la estructura social, produjeron también modificaciones significativas en el crecimiento de la población. En la década de 1930-40, la población de Zamora pasó a ser de 15,447 habitantes a 23,397 en 1950, en un proceso de aumento que ya no ha conocido retrocesos y que ha superado todas las expectativas.

Este crecimiento de población trajo consigo problemas que la ciudad no estaba preparada para resolver. La falta de viviendas tanto para trabajadores como para las clases en ascenso, favorecieron el inicio de los fraccionamientos. Como es evidente, éstos se inclinaron hacia la búsqueda del poder adquisitivo de la nueva burguesía zamorana. Los límites de la ciudad, que de alguna manera se habían mantenido hasta esas fechas, comenzaron a modificarse vertiginosamente.

13. Cfr. Verduzco y Calleja. op.cit. p. 3

Desde 1945 con El Jericó, a partir de 1950 El Duero, Jardines de Catedral, Jardinadas, fraccionamientos para la pequeña burguesía y burguesía; así como La Luneta y la Nueva Luneta después de 1966. Los fraccionamientos para trabajadores en cambio, no tuvieron la misma suerte. La colonia 20 de noviembre, como parte del viejo proyecto de crecimiento de la ciudad hacia el oriente, se convirtió en una conflictiva zona urbana.

Y es que, aunque parezca innecesario decirlo, el conflicto urbano es una de las características de la Zamora contemporánea. Las tendencias de crecimiento se siguen orientando hacia el norte y el poniente, sobre las mejores tierras de cultivo, mientras las autoridades estatales, municipales y la misma comunidad, ven avanzar el problema sin hacer nada para resolverlo. El caos de la circulación de vehículos no ha sido resuelto; el mercado de abastos quedó en medio de la ciudad y a su alrededor se genera un auténtico caos urbano; la contaminación visual de la ciudad crece a diario; el transporte de pasajeros atraviesa las estrechas calles de la ciudad, haciendo no solamente más difícil la circulación de vehículos, sino también, contaminando aún más el ambiente, ya bastante perjudicado por el abuso de los agroquímicos en el valle.

Parece que he planteado una lectura apocalíptica de los signos materiales del proceso de construcción de esta tierra donde vivimos. No era esa la intención, sino solamente mostrar de qué manera distintos grupos hegemónicos expresaron sus proyectos arquitectónicamente. La optimista visión de la Zamora levítica primero y fenicia posteriormente, como dos caras de una misma moneda del desarrollo pacífico de una sociedad pujante, hace chiras con la visión del proyecto estratégico agresivo y beligerante de la ciudad episcopal.

En la Zamora actual, el antagonismo social se expresa claramente en las mezquinas relaciones espaciales. Es posible que el círculo se esté cerrando y nuevamente se esté desarrollando frente a nosotros un nuevo proyecto de la Iglesia concretado en educación --hegemonía absoluta en la escolaridad primaria, secundaria y preparatoria y fundación desde hace dos años de universidad, además de la continuidad del Seminario--; salud --se fundó el año pasado el Hospital Santa Margarita, perteneciente a la Iglesia, además de las

actividades tradicionales de apoyo de Caritas--; actividades culturales --el grupo de Teatro Provincia que comanda el Pbro. Alfonso Verduzco--; compra de numerosas propiedades urbanas a través de conocidos prestanombres locales y por supuesto, la continuación de la construcción de la catedral inconclusa, hoy dedicada a la Virgen de Guadalupe, que es madre de todos y desconoce las odiosas e injustas diferencias de clases.